Andrea Vallejos Campos

CATORCE DÍAS



Áurea Ediciones

©Catorce días
Sello: Soyuz
Primera edición: Diciembre 2022
©Andrea Vallejos Campos
Edición General: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan "Nitrox" Márquez
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-24-2
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2022-A-5125



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Agradezco al universo cada experiencia vivida.

En el caos están escritas en luz todas las posibilidades.

DÍA 1
UN DÍA CUALQUIERA

Eran exactamente las once de la mañana en el Pueblo Sin Nombre.

¿Por qué se llamaba así? Porque no existía persona viva que recordara ya su nombre. ¿Dónde estaba ubicado? No se sabía con exactitud. Aparecía y desaparecía de la faz de la Tierra, como si tuviera voluntad propia. Lo único que se sabía sobre su ubicación, según los recuerdos de algunos visitantes, era que estaba sumergido en una exuberante escenografía boscosa compuesta por diferentes alturas, grosores y texturas de matices verdes y marrones, aparentemente, en medio de los volcanes Calbuco y Osorno, cerca del lago Llanquihue o al menos por ahí lo habían visto la última vez.

Hoy, al parecer, era algún miércoles y a pesar de la hora, el pueblo yacía en completo silencio. Aunque era verano, una extraña neblina comenzaba a deslizarse por las calles que, con el pasar de los minutos, se iba haciendo cada vez más espesa. En alguna parte, se escuchó un chirrido de auto seguido de un golpe seco y fuerte. Luego un portazo.

—¡Maldita, casi me matas! —gritó la voz de una mujer.

Sus palabras rebotaron en el silencio. No hubo respuesta. Uno de los automóviles humeaba sin el parachoques frontal. El otro auto, amarillo como un pato y de modelo antiguo, yacía con abolladuras en su carrocería. La mujer caminaba de un lado a otro mientras reía nerviosamente, con los ojos inyectados de rabia. Sacó de su vehículo un fierro. Sin siquiera pestañear desató su furia sobre el otro auto.

—¡Llevas cuarenta años tras de mí! —gritó con fuerza y

rabia—. ¡Me tienes aburrida!

El ambiente comenzaba a impregnarse de un olor nauseabundo. A lo lejos, se escuchó la vocalización grave y estridente de un traro que parecía más un alarido de terror que rebotaba en la neblina. Esta se había hecho tan densa que parecía que todo el aire se había convertido en agua. Los postes del alumbrado eléctrico parecían sombras fantasmagóricas, y uno que otro ladrido de perro se escuchaba de vez en cuando, dándole un tono dramático al ambiente.

Algunas personas de los alrededores comenzaron a asomarse a la calle, aún somnolientos. Algunos en pijamas, mujeres con cachirulos en el pelo, incluso con los bordes de las sábanas impresos en la cara. La gente no lograba ver con claridad. La mujer, en medio de la niebla, no dejaba de golpear el auto abollado, vacío y sin vidrios. Todos se acercaron a mirar la escena. La mayoría ya sabía de qué se trataba. Luzmira Barría era asediada por enésima vez por el ánima de Rocío Valencia. Esta vez, Rocío había chocado a Luzmira por alcance.

Era una historia tan antigua como el hilo negro. Carlos Cea era un crápula. A temprana edad, ya se había acostado con medio pueblo. Su mala fama trascendía a todo el sector. Muchas madres ocultaban a sus hijas con solo escuchar su nombre. Se contaba que su libido había sido tan activa que incluso había asediado a la imagen de yeso de la Santa Virtud de la Esperanza instalada en plena iglesia. Mientras mantenía una relación formal con Rocío, le hacía falsas promesas a Luzmira. En un verano de hacía cuarenta años atrás, Luzmira se había enterado de que Carlos se iba a casar con Rocío Valencia. Con las tripas revueltas tomó su escopeta y partió a la iglesia. Ahí mismo le disparó a todo lo que se moviera. Aún contaban por ahí que le había volado la cabeza a la imagen de la Virgen María, llamada desde entonces "la Virgen descabezada", que hacía todo tipo de milagros a las causas descabelladas o sin cabeza. Luzmira secuestró al novio a punta de balazos y en una loca persecución Rocío se había volcado, perdiendo así la vida. Luzmira se casó con Carlos. Desde entonces, el alma errante de

Rocío no la dejaba en paz. Llevaba cuarenta años vagando por las calles y cada vez que podía intentaba asesinarla.

Cuarenta años después, Luzmira, poseída por la rabia, golpeaba el auto mientras gritaba insultos. Ya sin fuerzas y con las manos temblorosas dejó caer el fierro. Muchos de los presentes que se habían acercado al incidente, hasta el día de hoy aseguraban haberla escuchado hablar en un idioma ininteligible. Otros decían que había botado espuma por la boca y que hacía sonidos guturales. Algunos pocos aseguraban haber visto cómo los pies se le habían girado hacia atrás. Como todo en la vida, había tantas verdades como humanos en la tierra.

—¡Ya basta! —increpó agotada—. ¡Años que no le da paz a este pueblo! ¡Años que nos atormentas! —gritó apuntando el aire, mientras la multitud se imaginaba el ánima en alguna parte de ese vacío.

En ese momento le vinieron unos temblores, espasmos, aleteos y llanto descontrolado. La gran mayoría la miraba con empatía. Los restantes la miraban con temor y preocupación. No sabían si debían llamar a carabineros, a una entidad científica o a la ambulancia, pues se parecía más a Hulk que a una mujer atormentada. Muchos aseguraron que la potencia de sus gritos había sido tan poderosa que les había causado sordera por varios días. Otros alegaban haber sufrido vértigo por daño al oído medio, lo cual fue corroborado por el médico del pueblo, y don Aldo Cifuentes aseguró hasta el día de su muerte que la causa de su sordera se debía al tan espantoso alarido emitido por la poseída y no a la vejez. Fue así como, días después del incidente, interpuso una demanda por perjuicio de su salud en contra de la errante Rocío Valencia. Exigía una sesión de espiritismo que obligara al espíritu a dirigirse hacia la luz. Y, siendo honesta, esta narradora también sintió miedo.

—¿No están aburridos? —increpó al público—. ¡Que se vaya a la luz!, ¡que se vaya a la luz!, ¡que deje este plano!

—Sí, sí —se escuchó entre la gente.

—¡Basta! —gritó Luzmira—. ¡Que se vaya a la luz!

—¡Sí, nadie la quiere aquí! —dijo una voz.

—¡Que se vaya!, ¡que se vaya! —gritaron varios.

—¡Que tenga dignidad! —gritó una mujer—. ¡No puede perseguir a un hombre por toda la eternidad!

—¡Sí, eso es cansón! —reclamó otra mujer.

—¡Dios! —exclamó aterrado un hombre—. ¿Y si habla con todas las almas en pena de las mujeres despechadas? —agregó mientras se imaginaba a su difunta esposa persiguiéndolo.

—¡Sí, que se vaya! —repitieron varios hombres alarmados.

—¡Que se vaya a la luz!, ¡que se vaya a la luz! —gritó enardecida la muchedumbre—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Luzmira sacó de su auto un bidón de combustible y roció el vehículo para finalmente prenderle fuego. Luego comenzó a reír nerviosamente otra vez. Mientras la gente gritaba y aplaudía, la molestia iba creciendo en sus corazones. Los gritos eran cada vez más fuertes, llegando a la euforia, y el olor nauseabundo del ambiente se había tornado tóxico.

La multitud estaba molesta y enajenada, como si la niebla hubiera tenido poderes soporíferos a causa de algún gas que provocara demencia temporal; concurrieron a los negocios más cercanos y rompieron rejas, vidrios y candados. Sacaron lo que había a su paso para tirárselo a la errante blasfema en señal de descontento. Desde huevos, tomates, zapatos, milcaos, preservativos, tiras de aspirinas, botellas de bebidas, secadores de pelo, un hervidor, hasta una plancha. Otros, enceguecidos por la ira, le arrancaron la cabeza al prócer nacional Arturo Prat, lanzándosela a la "deambuladora". Incluso la multitud enardecida le quitó la pata ortopédica a doña Chabelita, lanzándosela a la impía alma. Lamentablemente, los objetos fueron lanzados al azar y en todas direcciones, pues ninguno de los presentes veía a la errante y menos en medio de esa espesa niebla. Los improvisados proyectiles dejaron a varios

heridos de gravedad. Sobre todo, las personas que recibieron el golpe de la plancha y el cabezazo de Prat.

El ambiente del pueblo estaba enrarecido. Nadie entendía qué sucedía. Cada vez todos estaban más molestos y fuera de control. Molestos por algo indefinido que no sabían verbalizar o reconocer. La niebla, que cada vez se hacía más espesa, helada y húmeda, aumentaba la sensación de desagrado y el olor nauseabundo se hacía más penetrante, al punto que muchos se sintieron descompuestos. Para la mayoría, su único objetivo era destrozar por destrozar. Entraron a la iglesia a la fuerza. Quemaron cuanto santo existía, incluyendo a don Cayetano Osorio, un ancianito de cien años que iba todos los días a la iglesia a rezar. Pasaba horas en silencio, sumergido en su devoción. Muchos ya ni se acordaban de su existencia. Tal vez al verlo impávido, inmóvil y seco por la vejez lo confundieron con alguna imagen de yeso. Nadie se dio cuenta. Triste, pero cierto. Sacaron los bancos de raíz, hechos de maderas nativas de la época de la colonia, para luego quemarlos en la plaza pública. Ni hablar del confesionario, que lo dejaron en la entrada del coliseo romano. Como se diría en buen chileno, "no quedó muñeca con cabeza" en el pueblo.

Muchas de las personas que se acercaron a la plaza les preguntaban a los presentes cuál era el motivo del desorden o protesta. Las respuestas fueron variadas: por la paz mundial, para destituir al alcalde, algunos aseguraron que se les había contratado para generar desorden, para anular el año escolar, por el cierre del prostíbulo de don Félix, por los cortes de agua, los hinchas del fútbol alegaron que era por el mal arbitraje, por el calentamiento global, por los políticos, por el alza de precios del comercio. En resumen, cada uno tenía su propio motivo, pero todos, indistintamente, aseguraban tener las tripas revueltas del puro coraje y varios comenzaron a saquear lo que tuvieran por delante.

La visión panorámica era algo así como la versión de escaso presupuesto de alguna película de terror. Los manifestantes vestían, en muchos casos, pijamas de polar. Había mujeres con cachirulos y otras aún con restos de palta y pepino en la cara. Va-

rios calzaban pantuflas de dibujos animados, animalitos peludos o de sus equipos de fútbol. Algunos hombres, con sus abdómenes abultados y desnudos, gritaban enfurecidos, como si estuvieran en guerra. Lo más grotesco era que gran parte de esos hombres sufrían el síndrome de "la cajita infeliz de McDonald's", porque eso no era una cajita feliz. Nadie quería ver ese espectáculo: la rayita del trasero, que debo agregar era peluda, expuesta cada vez que un varón se inclinaba a recoger piedras. Eso era más espeluznante que encontrarse con la misma errante deambuladora. Y para completar la imagen, a los lejos el camión del coliseo romano hacía la propaganda de las próximas funciones. Se escuchaba por el altoparlante la tan característica música: "¡Llegaron los ti-ti-ti-ti-tilapia!". Música ad hoc para la situación en que se encontraba el pueblo. Era todo un espectáculo bizarro. ¿Cuál sería el verdadero coliseo romano?

Doña Brisa Barrera, que miraba el alboroto desde su casa, llamó a la fuerza policial. Esta nunca llegó. Las patrullas estaban en mal estado por falta de fondos. Intentaron llegar en la micro del recorrido, pero esta se descompuso a medio camino.

De repente, así como llegó, la niebla se comenzó a disipar al mismo tiempo que los manifestantes. Estos, ya agotados de quemar, destruir y saquear, comenzaron a retirarse a sus casas como si hubieran perdido la memoria de lo acontecido. Era la hora del almuerzo y aprovechando el saqueo del supermercado, los manifestantes se llevaron cuanta verdura y carne había en los estantes. Aunque, entre nosotros, las vendieron al doble del precio dos cuadras más allá. Típico de chileno, ¿no? Mientras tanto, a lo lejos se volvía a escuchar el estridente trino de un traro que a muchos les hizo erizar los pelos de la piel, y que los observaba desde la cúpula de la iglesia como una gárgola.

Al día siguiente, las redes sociales solo comentaban lo ocurrido en el llamado "Pueblo Sin Nombre". Nadie daba crédito a lo ocurrido. Un alma errante había poseído a todos los habitantes. Los videos que circulaban atemorizaban hasta el más valiente. Una turba de gente enloquecida había destruido y saqueado todo el

centro del pueblo. Gran parte de los habitantes culpaban al alma errante de Rocío Valencia y alegaban que había realizado una posesión grupal. Otros contaban que había sido la niebla. Solo un par de personas culparon a un microbio que nadie conocía en Chile. Los programas de la televisión transmitieron todo el día sobre el evento, especulando todo tipo de motivos y dando todo tipo de consejos. Llamaron a diversos profesionales del área espiritual que comentaban sobre lo acontecido. En un canal, todas las personas del panel tenían colgados en sus cuellos un collar de ajo como amuleto de protección. Y pensar que todo este alboroto se había formado por culpa de un alma errante. ¿Pero era realmente así?